



ARGENTINA

¿Insinuación de una nueva alternativa?

Juan Carlos RUBINSTEIN

La Argentina ha vivido en el último febrero una experiencia política inédita al determinarse mediante elecciones abiertas el orden de los candidatos presidenciales de una alianza política nueva: el FREPASO (Frente del País Solidario), para competir en las pasadas elecciones del 14 de mayo⁽¹⁾. Dicha experiencia se llevó a cabo sobre la base del padrón de ciudadanos con derecho a voto y con independencia de si quienes votaron se encontraban o no afiliados a las agrupaciones que componían dicha alianza a otro partido político. Se trató, entonces, de una «elección primaria abierta».

No interesa, al objeto del presente, quién de los candidatos resultó en definitiva nominado para Presidente o Vicepresidente de la República. En principio, el compromiso de ambos de ajustar su propuesta a un programa de acción compartido restó dramatismo al hecho, no radicando ahí su significación. Más allá o más acá de ciertas diferencias entre uno y otro —José O. Bordón y Carlos «Chacho» Alvarez—

que, si existen, no son esenciales. Se pensó de ambos que su presencia en la misma fórmula habría de permitir la ampliación del

(1) En la mencionada elección se votó para Presidente y Vicepresidente de la República, Diputados Nacionales —la Cámara de Diputados se renueva por mitades cada dos años— y Gobernadores, representantes provinciales, municipios y concejales en la mayor parte de las provincias o estados.

En Argentina se está configurando un proceso político que pretende presentar una alternativa al bipartidismo imperfecto existente.

espectro social favorable a la propuesta que pretenden encarnar.

Lo que llamó la atención de los observadores fue el gran número de quienes se sintieron atraídos por esa iniciativa y contribuyeron con su voto a configurar la fórmula definitiva que presentó ese frente político. Casi 500.000 ciudadanos con derecho a voto a lo largo y ancho del país decidieron, por una escasa diferencia, que José Octavio Bordón resultara su candidato a Presidente, representando ese medio millón de ciudadanos aproximadamente un 2% del padrón electoral nacional.

Ahí, a mi juicio, radica lo significativo de la experiencia, en cuanto expresión material de una nueva etapa. Porque de lo que se trata, como intentaremos demostrar, es que se está asistiendo a la configuración de un proceso político que, en lo específico del tema que nos ocupa, ha cubierto sucesivas etapas temporales y políticas y, en lo que entraña como propuesta, pretende encauzar una corriente de opinión que aspira a conformar, como en otras ocasiones en movimientos políticos diversos, una alternativa diferente a la ofrecida por el bipartidismo imperfecto vigente.

Características del bipartidismo del régimen político argentino

El proceso político argentino, desde los comienzos de la etapa independiente se caracterizó por la polarización. Esto es, al margen de la mayor o menor participación de la ciudadanía bajo los diferentes tipos de régi-

men que se han vivido en ese espacio geopolítico, en su mayoría la opinión pública se polarizó en dos opciones. Cambiaban los actores que movilizaban éstas y cambiaban, también, las formas de enfoque de la realidad que enfrentaban y así como los contenidos ideológicos de ese enfoque, pero la forma en que se presentaba la contienda política apuntaba, siempre, a la polarización, en una suerte de antagonismo bipolar que las más de las veces se traducía en la opción férrea de «amigo/enemigo».

Ni siquiera el cambio producido a partir de 1912 (efectivización de la ley Sáenz Peña de sufragio universal, secreto y obligatorio) superó esa característica. Así se sucedieron las luchas, primero, entre unitarios y federales; después entre porteños y provincianos («*crudos*» y «*cocidos*») dentro del régimen conservador; más tarde entre conservadores (el «*régimen*») y radicales (la «*causa*»); finalmente, entre peronistas y radicales. Además, dentro de ese amplio arco temporal cabe incluir los sucesivos interregnos militares a partir de 1930, que expresaban genéricamente un modo autoritario de opción, en defensa de un *statu quo* amenazado por la intensidad y amplitud de las movilizaciones políticas populares.

Lo dicho no implica negar la existencia de otras corrientes políticas. Existieron, pero fueron expresión de situaciones locales específicas y, en el caso de los socialistas, su presencia limitada al ámbito de la Capital Federal y de algunos núcleos en el interior del país, se debió a una incipiente industrialización y a inmigraciones de europeos ideológicamente armados con aquel ideario.

Hubo, pues, en el proceso histórico nacional un desarrollo político relativamente polarizado. De ahí que debamos hablar de *bipartidismo imperfecto*.

En cuanto al segundo rasgo de este bipartidismo —la caracterización del «otro» como

enemigo— constituyó, igualmente, una constante de nuestra conducta política. Con el tiempo, podían haberse suavizado los enfrentamientos, una vez suprimidos los salvajismos de la primera época, incluso podía darse el caso, especialmente en las localidades del Interior, de familias integrantes de su sector dominante/dirigente, que tenían miembros en uno u otro partido polar, y otros afiliados a partidos que pretendían reemplazarlos. Sin embargo, la intolerancia constituía el núcleo dinámico de la actuación de todos ellos.

Esa fracturación de la sociedad argentina, una de cuyas fuentes podría radicar en la debilidad de su sociedad civil⁽²⁾, comienza a encontrar un cauce de superación apenas a partir de 1983. Tarea, esta última, bastante difícil habida cuenta la presencia cuantitativamente significativa de una mentalidad autoritaria en vastos sectores sociales⁽³⁾, lo cual abre un interrogante a nuestro futuro⁽⁴⁾.

Observamos, pues, que nuestro bipartidismo, a pesar de la mejora de nuestras costumbres políticas que se plasma en mayores márgenes de tolerancia, está inserto en un contexto de marcado ingrediente autoritario, y que obstaculiza en términos factuales la alternancia de los partidos en la dirección del país. Desde nuestra independencia política a la actualidad, solamente en dos ocasiones se produjo una alternancia normativamente prefijada: la primera, el acceso del partido radical en sustitución del «régimen» conservador, —en 1916, con Yrigoyen—, y la segunda cuando el justicialismo, con Menem en 1989, sustituyó a los radicales, vencedores con Alfonsín en las elecciones de 1983.

(2) Hemos tratado el tema en *Argentina, periférica y neofeudal*. Centro Editor. Buenos Aires, 1991.

(3) Ver E. Cattenberg, *Los argentinos frente a la política*. Planeta. Buenos Aires, 1989 y F. Echegaray. «Impávidos ante la democracia. La subjetividad política argentina». *Nueva Sociedad* 101. Mayo/junio 1989.

(4) Ver *infra*.

La presentación bipolar de la historia política argentina poco tiene que ver con contenidos sociales o ideológicos de las opciones políticas enfrentadas.

En otro orden de cosas, conviene subrayar que la presencia del bipartidismo, aun bajo la particularidad de su constitución imperfecta, no ha resultado, como en muchas oportunidades se creyó, de los diferentes regímenes electorales que se sucedieron en el tiempo. Sistemas de mayorías (el partido vencedor obtenía todos los escaños en disputa), mayoría relativa (dos tercios de los escaños para el vencedor y un tercio para el que le seguía en el número de votos), uninominal (sistema inglés) o representación proporcional: ninguno de ellos, —ni los dos primeros para afirmarlo ni los últimos para abrir nuevos cauces de representación importante a terceros partidos—, estimuló un cambio en las condiciones de polarización de la opinión política, —sobre todo en las convocatorias de elección a Presidente. El juego bipolar ha sido una constante.

Sin embargo, una cosa es la existencia de ese juego bipolar y otra, los contenidos social o ideológicamente representativos de quienes configuran los respectivos polos de contienda.

Interjuego bipolar y contenidos diferentes

Dijimos antes, al referirnos a la presentación bipolar de nuestra historia, que ésta, si bien constituía una constante de nuestro quehacer político, poco tenía que ver con los contenidos social o ideológicamente representativos de quienes nutrían los movimientos o partidos que se enfrentaban en esa contienda, como tampoco con los nombres que los identificaban. Esto es, no se relacionaban con asunciones, sea de tipo

ideológico o identificador, *permanentes*, como ocurre p. ej. con demócratas o republicanos en Estados Unidos; liberales y conservadores en Colombia o blancos y colorados en Uruguay.

La bipolaridad entre unitarios y federales antes de la sanción de la Constitución de 1853/60 dio paso más tarde luego, como dijimos, al enfrentamiento entre porteños y provincianos que duró hasta 1880, fecha en que se resuelve la llamada «Cuestión Capital» con la federalización de la ciudad de Buenos Aires y dentro de lo que Natalio Botana denominara la «república conservadora». Posteriormente, primero como formación al margen del sistema y a partir de 1916 como gobierno, emerge el partido radical, que encuentra su adversario en las diferentes agrupaciones de «cuadros» —siguiendo la clasificación de M. Duverger— que componen el espectro político conservador. Después surgirá, desde el interior de un golpe de Estado militar, el peronismo, que, a su vez, encontrará en el partido radical —desalojado del gobierno por el golpe restaurador conservador de 1930— la principal fuerza antagónica. Desde 1945 hasta la actualidad, el antagonismo político principal estuvo dado por esas dos fuerzas: peronismo o justicialismo y radicalismo.

Se observa con este rápido repaso histórico una circunstancia que merece ser subrayada. Tras cada periodo de treinta, cuarenta o cincuenta años de antagonismo bipolar constante aparecen puntos de flexión que plasman un cambio de los actores políticos. Estos, con su actuación, cambian los contenidos de sus propuestas. Estas, a su vez, no son más que respuestas, o intentos de respuestas, a un complejo de problemas surgido de las transformaciones producidas en las relaciones de fuerza que, espacial y temporalmente, delimitan el campo de la realidad como formación política⁽⁵⁾.

(5) Ver al respecto la caracterización de lo que denominamos *formación política* (FP) en *Sociedad civil y participación ciudadana*. Ed. Pablo Iglesias. Madrid 1994 y *Reflexiones en torno... op. cit.*

La lucha entre unitarios y federales en torno a la forma de Estado se perfila ya en 1810 y concluye en 1853 (43 años), la que se suscita entre porteños y provincianos se alimenta, explícitamente, desde ese último año hasta 1880 (33 años); el tiempo del «roquismo», con influencia decisiva de Julio A. Roca dentro de la «república conservadora», entre 1880 y 1910 (30 años); la de radicales y conservadores entre 1890 y 1943 (53 años) y la de radicales y peronistas, desde esa fecha hasta nuestro tiempo, es decir, otros 50 años⁽⁶⁾.

Los historiadores —entre ellos A. Toynbee y F. Braudel— subrayaron esas características en el desarrollo del proceso histórico y, ambos, señalaron la posibilidad de aplicar al análisis de la historia en cuanto proceso el concepto de «curva de Kondratieff»; es decir, de la existencia, en el interior del proceso, de ondas de tiempo (de aproximadamente 40 años) que comprendían cambios de perspectivas, de contenidos y de actores⁽⁷⁾. E. Mandel, por su parte, desde una óptica marxista, en cierta forma combinó la existencia de esas «ondas» y su relación con la tasa de ganancia capitalista para establecer una periodización en las formas de producción capitalista, periodización que no

(6) Desde mi punto de vista, pese a las apariencias, no estoy totalmente convencido de que el «peronismo» constituya un movimiento «nuevo» y sí me inclino por considerarlo una «variante» populista y «aggiornada» de la cultura conservadora que, por razones de brevedad, no trataré en el presente.

(7) Toynbee, A., *Estudio de la Historia*. T. XI p. 89 transcribiendo a W. W. Rostow afirma: «... toda la evolución de la sociedad moderna de Occidente se verificó en una *estructura rítmica* que tuvo consecuencias tanto en los *acontecimientos sociales y políticos* como en los hechos económicos». Emecé, Buenos Aires, 1963. El subrayado es nuestro. Braudel F. *Civilización material, economía y capitalismo*, contrapone lo que denomina la tendencia secular con el de Kondratieff y concluye que, aun comprobados empíricamente la existencia de ciertas o reglas tendenciales que ignoramos (se nos escapa)». Alianza Editorial, Madrid 1984.

excluye la incidencia de «procesos socio-económicos» de raigambre que podríamos denominar, dentro de esa óptica, superestructural⁽⁸⁾.

Partiendo entonces de lo expuesto por Toynbee, Braudel y Mandel bien podemos relacionar aquellos puntos de flexión en perspectivas, contenidos y actores, con el complejo de problemas que se desprende de la presencia de diferentes generaciones en el *continuum* del tiempo histórico.

Si, como afirmara B. Cremieux⁽⁹⁾, cada uno de nosotros tiene «una patria en el tiempo» que se corresponde con nuestra propia época, porque, de acuerdo con Goethe, «cualquiera que hubiera venido al mundo sólo diez años antes o después, habría sido totalmente distinto en lo que respecta a su formación propia y a su acción exterior»⁽¹⁰⁾, se sigue que ese ámbito de naturaleza temporal, como *zoon politikon* que somos, no es individual sino colectivo.

Acunado en esta perspectiva supraindividual emerge el concepto de generación, que resulta de una «compañeril reciprocidad afectiva y en rápida comunicabilidad intelectual

(8) Mandel, E., *Las ondas largas del desarrollo capitalista. La interpretación marxista*. p.8, agregando «Las ondas largas no son sólo empíricamente demostrables. No representan simples medias estadísticas de determinados lapsos de tiempo... Representan realidades históricas... La explicación marxista de estas ondas largas confiere a la realidad histórica de la onda larga un carácter integrado «total» a través de su peculiar *mezcla* de los factores económicos endógenos, los cambios «ambientales» exógenos y la *forma en que son mediados por los procesos socio-económicos...*» p. 85. Siglo XXI España Editores, Madrid, 1986. El subrayado es nuestro.

(9) Cremieux, B., *Inquietude et Reconstruction*, cit. Monner Sans J. M. *El problema de las generaciones*. p. 34, Emecé Editores, Buenos Aires, 1970.

(10) Goethe, W., *Vida y poesía* Cit. por Monner Sans, *op. cit.* p. 44.

Tras cada treinta o cuarenta años de enfrentamiento bipolar aparecen puntos de inflexión que plasman un cambio de los actores políticos.

con los de edad pareja»⁽¹¹⁾ traducida en una determinada «actitud vital» de sus componentes ante el mundo⁽¹²⁾, contra el cual se rebelan (generaciones beligerantes) o que aceptan (generaciones cumulativas)⁽¹³⁾. Siendo esto así, no es menos cierto que esa rebelión o aceptación del mundo por quienes conviven en él contribuye a la dinámica histórica en tanto ésta se nutre de aquella tensión, en la medida en que su expresión como proceso constituye una sucesión de estructuras (sistemas de relaciones humanas), que parte de un presupuesto real, a saber, que «cada generación transfiere a la que le sigue una masa de fuerzas productivas, capitales y circunstancias que, aunque por una parte sean modificadas por la nueva generación, por otra le dictan sus propias condiciones de vida y le imprimen un determinado desarrollo, un carácter especial; por tanto, las circunstancias hacen al hombre en la misma medida en que éste hace a las circunstancias»⁽¹⁴⁾. Son esas «condiciones de vida» las que incitan al rechazo o a la aceptación del orden existente por parte de cada generación y que además, como aquéllas están espacial y temporalmente limitadas y son favorecidas o no por un conjunto de situaciones puntuales, son las que, podríamos decir, en última instancia deciden el cambio o

(11) Monner Sans, J. M., *op. cit.* p. 44.

(12) Ortega y Gasset, J., «El tema de nuestro tiempo» en *Obras Completas* T. III p. 148. *Revista de Occidente*, Madrid 1955.

(13) Ortega y Gasset, *idem.* p. 145 y ss.

(14) Marx, K., *Idéologie Allemande*. La Pleiade, Paris 1982.

la continuidad relativa dentro del proceso histórico como unidad de sentido⁽¹⁵⁾.

Planteado así el campo operativo que se deriva de la periodización del proceso histórico conforme las «ondas» de Kondratieff, por un lado, y, por otro, de la problemática generacional como respuesta colectiva, se infiere que los puntos de flexión que imprimen cambios de dirección relativos en la unidad de sentido del proceso histórico, resultan de la emergencia de una generación que se autoafirma en la beligerancia por insatisfacción ante la «vida real» que le toca vivir.

En suma, cada uno de los periodos políticos arriba señalados, encuentra, a nuestro juicio, su punto de flexión como aquello que emerge de la confluencia dialécticamente planteada entre situaciones de la vida real, que actúan como incitantes, y la respuesta beligerante de la generación que enfrenta su desafío.

El problema argentino

Si nos atenemos a las enseñanzas que se desprenden de la experiencia histórico-política vivida por los argentinos, bien podemos afirmar, reite-

(15) Dos cosas hay que aclarar al respecto, primero, lo de *puntual* alude a circunstancias temporales de coyuntura, p. ej. crisis de tipo económico, debilitamiento temporal en los «aparatos» del Estado para controlar situaciones *extraordinarias*, debidas a movilizaciones que se realizan a nivel de la sociedad civil en función de múltiples motivaciones y causas (Skocpol, T., *States and Social Revolutions*, Cambridge University Press, 1987. Hay versión castellana), crisis de identificación; y lo de *última instancia* tanto puede derivarse de la «situación económica» como «base» de «la producción y reproducción en la vida real» (Carta de Engels a Bloch del 21 de septiembre de 1890. Marx-Engels *Correspondencia*. p. 394. Cartago Buenos Aires. 1972), cuanto de la misma «superestructura», que asume en esa relación dialéctica que es la historia, el rol de momento positivo. Marx, C., *idem* p. 1072 «formación de una masa revolucionaria que se rebela no solamente contra ciertas condiciones de la sociedad pasada, sino, incluso contra la antigua «producción de la vida» y contra su base».

rando lo dicho⁽¹⁶⁾, que las luchas políticas se dieron dentro de un diagrama polarizado con relativa independencia del régimen electoral. Aun en los casos de elecciones parlamentarias, si bien la polarización disminuye, dando paso a terceros partidos, el patrón prevalente ha sido siempre el bipolar, permitiendo sin embargo, con la inclusión de aquéllos, una cierta porosidad en el sistema.

Pero, también es significativo que el cierre de un «ciclo» u «onda Kondratieff» ha tenido lugar, por lo menos en las últimas décadas, tras un tiempo de desarrollo mayor. Es decir, en apariencia, se ha dado una mayor presencia de generaciones cumulativas que beligerantes –si seguimos la clasificación orteguiana– aunque las circunstancias que operan en la «vida real» haya sufrido modificaciones profundas, cambiando su sentido. Esta contradicción merece una explicación.

El radicalismo

En otra oportunidad⁽¹⁷⁾ desarrollé este tema, –aunque careciendo, entonces, de los instrumentos argumentales que tengo hoy–, en relación con la presencia del radicalismo como fuerza política prevalente pese al fraude electoral durante la década de los años treinta y primer tercio de la de los cuarenta. Paradójicamente, una organización política que en las elecciones parlamentarias de marzo de 1930 había sido derrotada en «bastiones» propios como el de la Provincia de Buenos Aires⁽¹⁸⁾, al

(16) Ver *Desarrollo y discontinuidad política en Argentina*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1968.

(17) Desarrollé ese tópico en *Desarrollo y discontinuidad política en Argentina* como resultado de reflexiones intercambiadas en 1942 con mi padre, quien fuera destacada figura política y militante del Partido Socialista, y de mi lectura del libro de E. Mallea *Historia de una pasión argentina*, a propósito de la presencia mayoritaria del radicalismo en esa década.

(18) Estas elecciones fueron anuladas por el gobierno «*de facto*» del General Uriburu, luego del «golpe de Estado» de septiembre de 1930.

año siguiente (abril de 1931) nuevamente triunfaba en esa jurisdicción.

Así, si en 1930 el radicalismo obtiene en ese estado 172.444 votos, el conservadurismo alcanza 154.251, con una diferencia de 18.193 votos, siendo derrotado en La Plata (conservadores, 14.983; radicales, 13.996); Bahía Blanca (conservadores, 5.512; radicales, 4.360) y Tandil (conservadores, 2.788; radicales, 2.006).

En 1931 el resultado electoral es otro. El radicalismo vuelve por sus fueros y derrota a los conservadores, comprometidos con el golpe militar del 6 de septiembre de 1930, por 31.037 votos (UCR, 218.785, conservadores, 187.748) y, desde allí hasta la irrupción del «peronismo» en 1946, mantiene su mayoría⁽¹⁹⁾.

Aunque para la época que tratamos, en cuanto a formas de reclutamiento y comportamiento, no existían marcadas diferencias entre radicales y conservadores —ambos constituían agrupaciones políticas «clientelístico-populistas»⁽²⁰⁾—no cabe duda que los radicales habían expresado el sentir de una clase

(19) En 1940, bajo la vigilancia del Gobierno Federal presidido por Roberto M. Ortiz se realizan en todo el país elecciones *no fraudulentas* y en la Provincia de Buenos Aires, el radicalismo obtiene 272.451 y los conservadores, 207.096. Fuente: Elecciones 3/3/30. *El Diario*; Elecciones 5/4/31, *La Prensa* del 28/4/1931 y Elecciones de 1940, *La Prensa* del 16/4/1940.

(20) Chalmers D. *The politicized State in Latin-America*. p. 33 define la constelación «clientelístico-populista» como aquella en la que se da una «relación de cambio entre bienes y servicios... entre personas de *status* desiguales» que, como sostiene Kaufman R. R. *Corporation, Clientelism & Partisan Conflict* p. 113, «refleja una extendida desconfianza respecto de la autoridad impersonal (normativa) y una tendencia a depender de la activación de relaciones primarias difusas en orden a cumplimentar determinados objetivos económicos, sociales o políticos y, lo más importante, una posición de dependencia personal ante los superiores dentro de un *status jerárquico*» en Malloy, J., et alt. *Autoritarianism and Corporatism in Latin-America*. Pittsburg University Press. Pa. 1979.

***Las «ondas Kondratieff»
y la respuesta generacional
a las circunstancias históricas
rigen la periodización
del proceso político.***

media emergente y de clases populares que empujaban el proceso hacia una mayor movilidad social de sus integrantes, dentro de una «formación económica» donde coexistían en relativo equilibrio modos de producción diferentes. Sin embargo, esa situación dejaba espacio para que nuevas fuerzas comenzaran a configurar alianzas de clases y fracciones de éstas (formación social) más coherentes⁽²¹⁾, en un contexto donde su «formación política» (sociedad civil + Estado) era todavía débil en sus factores componentes.

Se estaba, pues, a comienzos de la década de los treinta, ante una perspectiva de cambio que podría haber implicado la emergencia de nuevos actores dentro del ruedo. Ello no sucedió sino que, como vimos, se fortaleció el radicalismo. La pregunta que debemos formular es: ¿Por qué?

El «ciclo Kondratieff» como onda de 40 años vigente para la generación que impulsara como beligerante la emergencia del radicalismo, en las vísperas de la década de los treinta se encontraba en una fase de agotamiento. Prueba de ello son los datos electorales para Buenos Aires y Capital Federal, donde una agrupación nueva —escindida del

(21) Esta situación se revela con el avance electoral del Partido Socialista que se constituye como tercera fuerza en la Provincia de Buenos Aires y alcanza en 1931 a los 50.000 votos y se afirma como primera en elecciones parlamentarias en la Capital Federal durante la década del 20.

tronco socialista, el socialismo independiente— produjo la aplastante derrota de la Unión Cívica Radical y se alzó con la mayoría de los cargos de diputados. Parecidas situaciones se vivieron en Córdoba, Mendoza, San Juan, Santa Fe y Entre Ríos (donde triunfa una fracción radical antiyrigoyenista). Pero en 1931 se revierte esa marea y los radicales retoman el papel de primera fuerza política.

Quienes en marzo de 1930 votaron contra los radicales, volvieron a depositar su confianza en éstos y, como dijimos, hicieron del radicalismo el núcleo central de la resistencia contra el «fraude» conservador.

El ciclo que debía cumplirse aproximadamente en los primeros tiempos de aquella década prorrogó su vigencia hasta 1946, fecha en que apareció un nuevo protagonista —Juan D. Perón— y un movimiento construido a su imagen y semejanza: el peronismo o justicialismo.

El peronismo

No haremos referencia a éste en su textura y significación ideológica, como tampoco lo hemos hecho con el radicalismo⁽²²⁾, sin perjuicio de entender que esos fenómenos de textura y significación, ya que están relacionados con los niveles de realidad que resultan de las relaciones de fuerza que se estructuran en lo económico y social, inciden en el proceso. Tampoco haremos referencia aquí a las transformaciones que en cuanto a su «formación económica» y su «formación social» operaron en Argentina durante los años treinta y cuarenta. Ello no afecta a lo que pretendemos desarrollar en el presente.

Más allá de que el peronismo hiciera posible la incorporación masiva de las clases tra-

(22) Nos hemos referido a esas peculiaridades en «Radicalismo, peronismo y socialdemocracia». *Leviatan*, n° 33, otoño 1988.

El peronismo, en su día, hizo posible la incorporación masiva de las clases trabajadoras a la política argentina.

bajadoras a la política argentina, —como otra la hizo posible el radicalismo para las clases medias, con lo cual en ambos casos y en dos etapas sucesivas se abrió el espectro social correspondiente al ciclo democrático de ampliación de la representación—, desde el punto de vista con el que, aquí, enfocamos la realidad argentina, la vigencia del primero como movimiento político traspasó igualmente el arco temporal de Kondratieff.

¿Implica esta reiteración un mentís a la teoría cíclica, habida cuenta que —a pesar de las diferencias entre el primer peronismo y el actual, conocido como «menemismo»— ese movimiento se encuentra hoy vigente, pasados 50 años de su emergencia? No es así. En primer lugar, porque en materia de procesos socio-políticos los ciclos que dan lugar a su periodización no se enmarcan exactamente dentro de un número específico de años. No se trata de una periodización de procesos económicos, donde los parámetros que determinan la existencia de una «curva» descansan en magnitudes matemáticas. En segundo lugar, porque la «divisoria de aguas» que visualiza la «onda» depende de circunstancias significativas, fruto la mayoría de las veces de una compleja trama de acontecimientos que convergen por infinitas y no siempre conocidas causas.

Por otra parte, también hay que tener en cuenta que en este campo, generalmente, se produce un desfase entre los hechos de la vida real y la comprensión consciente de esos hechos que pueda comportar cambios de conducta. Estos, casi siempre, sobrevienen después.

De cualquier manera, con el peronismo se produjo una paradoja semejante a la que se dio al final del ciclo radical y, tanto para uno como para otro movimiento, en la prolongación de su presencia política, a mi juicio, jugó como factor la irrupción de las fuerzas armadas como actores políticos «per se».

Ya señalamos esa circunstancia para el caso radical: el golpe de Estado de 1930 y el «fraude patriótico»⁽²³⁾ que le siguió hasta 1943. Toca hacerlo, ahora, en el caso del peronismo.

Como en lo expuesto en relación con el radicalismo, tampoco entraremos en detalles en lo que concierne al peronismo. Baste decir, sin embargo, que si en 1955 —fecha en que se produce el golpe militar que depone a Perón— comenzaban a vislumbrarse grietas no esenciales en los «aparatos» articulares de ese movimiento pero que podrían haber agudizado los factores de su decadencia, —en especial el alejamiento paulatino de la clase media baja—, ese golpe de Estado, unido a la proscripción del peronismo, más tarde prolongó, más allá de lo previsible, la «onda Kondratieff» aplicable al caso.

La misma elección de A. Frondizi en 1958, quien aseguró su acceso a la Presidencia de la República mediante un acuerdo secreto con Perón, mostró un atisbo de emergencia de una generación argentina que pretendió superar, con la cooptación del peronismo, la antino-

(23) Se denominó «fraude patriótico» al sistema utilizado por los conservadores para cumplir con los requerimientos formales de los mecanismos constitucionales, excluyendo de los comicios al electorado radical y, en general, a toda la oposición política, mediante el «vuelco de padrones», la apropiación de urnas o las amenazas para que los opositores no fueran a votar; asumiendo los primeros esa actitud como lealtad para con sus principios, tal como lo expresara el diputado conservador Videla Dorna en pleno recinto de la Cámara de Diputados de la Nación, en oportunidad del tratamiento de las elecciones de 1942 en la Provincia de Buenos Aires.

***Los golpes militares de 1926 y 1966,
supuestamente dirigidos contra
el «peligro peronista»,
no hicieron sino perpetuar
su vigencia.***

mia que dividía a los argentinos entre peronistas y antiperonistas, pero que fracasó en el intento.

Los golpes militares de 1962 y 1966 —el primero contra Frondizi y el segundo contra Arturo Illia— supuestamente dirigidos contra el «peligro» peronista, no hicieron más que reafirmar al peronismo, que deviene triunfador en 1973, primero con Cámpora y después con Perón en su tercer mandato.

Ya para entonces habían transcurrido 30 años desde el inicio del proceso peronista. El ciclo político parecía estar llegando a su fin, sobre todo a partir del fallecimiento de Juan Perón, durante la presidencia ejercida por su esposa, Isabel.

Pero, además esa época hizo patente la emergencia de una generación radicalizada para la que el peronismo se presentaba como la vía idónea de una suerte de socialismo *pro domo sua* y cuyo principal objetivo político era el de aprovechar para sus propios fines la posible existencia de un factor de movilización mítica encarnado en Perón.

En 1976 se abría un panorama que auguraba, a relativo corto plazo, la finalización del ciclo político peronista, debido al agotamiento de su tiempo de vigencia, a la incapacidad de su elenco oficial y a la presencia de una generación que, asumiéndose como peronista, difería por su ideología con lo que ese movimiento encarnaba.

También entonces la irrupción de las fuerzas armadas en el llamado «Proceso» aseguró su supervivencia.

Aunque confusas, las relaciones del peronismo, y en especial la de su dirigencia sindical, con quienes lideraban aquella dictadura militar, —lo cual más tarde motivará la acusación de Alfonsín en la campaña electoral de 1983 en relación con la existencia de un pacto no escrito de coincidencias militares y sindicales—, el grueso del movimiento se mantuvo apartado. No encabezó ninguna resistencia contra las diferentes Juntas Militares y se limitó, en cambio, a mantener sus cuadros más o menos organizados⁽²⁴⁾, con el objetivo de acentuar el proceso de rutinización del carisma (M. Weber).

Pero el tiempo no había transcurrido en vano. El periodo que media entre el golpe del General Onganía en 1966 y la derrota en las Malvinas en 1982 —16 años— comportó la maduración de una nueva generación. La mayoría de sus integrantes, si bien mantenía como objetivos los factores que alimentaron la emergencia del peronismo como movimiento que reivindicaba una

(24) El periodo 1976/1982 que abarca el arco político del llamado Proceso de Reorganización Nacional, en otros términos la dictadura militar de Videla, Viola y Galtieri y la transición de Bignone después de la guerra de Malvinas, no presenta un panorama de resistencia *orgánica y abierta* contra aquél. Los partidos políticos y sus líderes, casi sin excepción, parecieran haber acordado una suerte de tregua tácita ante la magnitud de la represión militar y se volcaron hacia el interior de sus organizaciones. Recién durante el periodo de Viola reiniciaron contactos formales, como el de la Mesa de Coincidencias, e intentaron presionar la salida del régimen militar; pero, en lo principal, mantuvieron una actitud de «duermevela». Esa especie de *pasividad* en las agrupaciones políticas, que guarda relación con el temor generalizado y paralizante en la mayoría de la población, deja un espacio que bien pronto es cubierto por estructuras, nacidas en la sociedad civil, en defensa de los Derechos Humanos conculcados, como la Asamblea de los Derechos Humanos, las Madres y las Abuelas de Plaza de Mayo, etc.

justicia social participativa, exigía una nueva forma de implementación. Allí radica una, tal vez la más decisiva, de las explicaciones que se desprenden del triunfo de Alfonsín en 1983, quien obtiene el 32% de los votos frente al 41% que recibe el peronismo en las elecciones del 30 de octubre de ese año.

El radicalismo alfonsinista

Tras la derrota en la guerra de las Malvinas, la dictadura del llamado «Proceso» perdió los pocos apoyos internos que tenía —principalmente el de los grandes grupos económicos oligopólicos—, y también los externos, a quienes esa «aventura» que podía haber desequilibrado el precario equilibrio bipolar de la guerra fría, hizo perder la confianza en las fuerzas armadas. Ante esa situación, las mismas fuerzas armadas depusieron a la Junta presidida por Galtieri y comenzaron, con Bignone, a articular su salida del gobierno con la convocatoria a elecciones, que se llevaron a cabo en octubre de 1983.

Ese comicio supuso una sorpresa para propios y extraños. El peronismo, triunfador hasta entonces en todas las elecciones a las que se había presentado, cayó frente al candidato presidencial del radicalismo, Raúl Alfonsín. Derrota mucho más significativa si se tiene en cuenta que fue vencido en la Provincia de Buenos Aires, y en el conurbano de Buenos Aires (las poblaciones alrededor de la

***El peronismo hizo patentes
las aspiraciones de
una nueva generación que quiso
aprovechar la capacidad movilizadora
de Perón para sus propios fines.***

Capital Federal y que constituyen el principal centro industrial del país); el radicalismo había triunfado en casi todos los tradicionales «bastiones» del peronismo, como Avellaneda, Morón, San Martín, Quilmes, Vicente López y San Isidro.

Sin embargo, este radicalismo triunfante, aunque amparado bajo las siglas tradicionales de la Unión Cívica Radical y que actuaba dentro de su estructura, más bien constituía una convergencia de corrientes de opinión política de diferente extracción social donde el núcleo histórico radical no representaba más que aproximadamente la mitad de su electorado permanente.

Analiqué los factores que contribuyeron a la constitución de esa coalición y los grupos sociales que la conformaron al poco tiempo de producirse ese triunfo⁽²⁵⁾ y a ese análisis me remito. Auguraba entonces que se abría «un nuevo comienzo (el de) un nuevo ciclo en el proceso histórico nacional», fundándolo en la pregunta «¿por qué pasó?» y basándome en la suposición de que la opción por Alfonsín comportaba, en quienes así decidieron, elegir la construcción de un nuevo país liderado por una nueva generación de actores.

La coalición política que llamamos radical-alfonsinista se apoyó, principalmente, en los sectores de clase media, con una decidida penetración en las clases populares altas y medias, y en los trabajadores calificados y empleados. En cuanto a su composición por grupos de edad, las bandas de mayor incidencia correspondieron a la de los jóvenes entre 18 y 24 años y la banda inmediatamente siguiente —aquellos de entre 25 y 34 años.

De la combinación entre la extracción social y la de grupo de edad se infiere que

(25) Ver Rubinstein, J. C. «un nuevo ciclo político. El triunfo de Alfonsín», *Nueva Sociedad*, n° 70. Enero/febrero 1984.

esa coalición no tomaba como referencia lo que podríamos denominar, sin ánimo peyorativo, el folclore del radicalismo. Lo que se afirmaba era un comportamiento diferente al tradicional en esa organización política, imbuída todavía de rasgos «clientelístico-populistas». Comportamiento diferente cuya raíz podríamos encontrar en las afiliaciones masivas que se produjeron antes de las elecciones y que contribuyeron a la nominación de Alfonsín como candidato.

Se estaba ante el paso previo de lo que podría pensarse como una nueva alternativa mediante una coalición o alianza de sectores sociales imbuída de objetivos políticos y destinada, como el mismo Alfonsín se encargaba de afirmar en su campaña, de actuar como «bisagra» en nuestra accidentada vida política. Por ello, muchos de los que lo apoyaron creyeron que esa alianza, en su dinámica, podría desembocar en la configuración de un «bloque de poder»; que para constituirse no sólo requiere la presencia de determinadas condiciones objetivas económicas y sociales, sino también una decidida voluntad por parte de los actores comprometidos.

El concepto de bloque —originariamente planteado por A. Gramsci en sus célebres *Cuadernos de prisión*⁽²⁶⁾ y desarrollado luego, entre otros, por N. Poulantzas— no constituye una simple alianza en la que intervienen clases y fracciones de clase que actúan sobre un consenso.

Pueden esas alianzas, como sostiene G. Napolitano⁽²⁷⁾, crear las condiciones que

(26) Gramsci, A., «el Estado moderno sustituye el bloque mecánico de los grupos sociales por su subordinación a la hegemonía activa de su grupo dirigente y dominante; éste acaba con ciertas formas de autonomía, pero éstas renacen bajo otras formas, como partidos, sindicatos, asociaciones culturales, etcétera». Cit. Bucci-Glucksmann, C., *Gramsci y el Estado*, p. 341. Siglo XXI, España Editores, 1986. El subrayado es nuestro.

(27) Cit. por Bucci-Glucksmann, *idem*. p. 343.

permitan la constitución de un bloque, pero éste comporta una conceptualización diferente, un cambio cualitativo que suponga en lo esencial «una transformación revolucionaria de la estructura y de las superestructuras y la construcción de una nueva relación entre ellas», para lo cual se requiere —como aquéllas se realizan en el seno de la sociedad civil aunque apunten a controlar y dirigir los «aparatos» del Estado— el ejercicio de la hegemonía en su doble acepción, como dirección y como impartición de consenso.

Ahora bien, el ejercicio de la hegemonía se concreta en actores específicos que en el seno de cada clase o fracción de clase asumen la tarea de dirigir la alianza de coincidencias y transformar la misma en un hecho permanente⁽²⁸⁾. De ello se infiere que en la constitución de un «bloque de poder» intervienen las condiciones objetivas de índole infraestructural; la presencia, como parte de esas condiciones, de clases y fracciones de clase en coincidencia; un determinado desarrollo de esa alianza en el tiempo y actores

(28) Por lo mismo, la crítica del planteamiento de R. Garaudy sobre el nuevo «bloque histórico» que H. Portelli en *Gramsci y el bloque histórico*. p. 86. Siglo XXI Editores, 1990, formula, no me parece ajustarse a la realidad de lo que el primero afirmó al respecto. Garaudy, tanto en «Pour un modèle français du socialisme». NRF. Paris, 1968 y en «El gran viraje del socialismo». p. 253 y ss. *Tiempo Nuevo*, Caracas 1970, sostuvo que la presencia de los «intelectuales» —y en esto de «intelectuales» alude a todos aquellos que como «ingenieros, técnicos, investigadores y hasta una gran parte de los cuadros de gestión públicos y privados venden su fuerza de trabajo intelectual y, como lo preveía Marx, producen directa o indirectamente la plusvalía... (sector social que)... no tiene por principio intereses objetivos diferentes de los de la clase obrera. Al contrario, existen elementos objetivos de convergencia» —pueden coincidir con las clases trabajadoras en una alianza estratégica, que al realizarse en un determinado arco temporal, configuren un «bloque», afirmando que su alusión al mencionado término resulta de considerar al mismo desde las consecuencias de esa alianza; es decir, a partir de «la toma de conciencia que permite «reunir las fuerzas necesarias» para realizar la mutación política que exige este cambio estructural».

con decisión y voluntad de cambio. En suma, la confluencia de circunstancias externas y de hombres de carne y hueso que actúan con intención transformadora⁽²⁹⁾. Y esto último no se dio.

En los cuatro años que mediaron entre 1983 y 1987, a pesar de que muchos hacían referencia a un supuesto «tercer movimiento histórico», en ningún momento quienes participaron en ese propósito comprendieron cuál debía ser la mecánica que articulara la transformación de la alianza social en bloque de poder.

Algunos entendían ese «tercer movimiento» como una suerte de refundación del radicalismo, sobre la base de un *aggiornamento* de sus propuestas programáticas. Otros, conscientes de las circunstancias de la realidad que determinaron la existencia de la alianza social, se limitaron a vislumbrar en aquéllas tan sólo el cobijo necesario para una suerte de reformulación de reglas de juego consensuadas entre el radicalismo y el peronismo, dentro de una coincidencia o compromiso nacional en los fundamentos⁽³⁰⁾.

(29) ¿No nos encontramos aquí con el planteamiento que Marx formula en torno a la presencia de la *voluntad e intencionalidad* en los actores, cuando afirma que la aceleración y el retardo en el desarrollo histórico dependen de *accidentes*, «entre los que figura el «accidente» del carácter de quienes aparecen a la cabeza del movimiento»? Marx-Engels, *Correspondencia*, op. cit. p. 265. *Carta de Marx a Kugelmann del 17 de abril de 1871*. El subrayado es nuestro.

(30) Así denominó R. Alfonsín en *La cuestión argentina*, Sta. Fe 1980, el mecanismo, a su juicio, superador de las antinomias políticas argentinas, fundando éste en la articulación de un «programa mínimo de reivindicaciones... que deben unir a las fuerzas democráticas de nuestro país» p. 212. El subrayado es nuestro. Planteamiento que reitera en oportunidad del llamado Discurso del Parque Norte y que comenta, luego, en sus conversaciones con Pablo Giussani y publicadas bajo el título *¿Por qué, Doctor Alfonsín?*, Sudamericana-Planeta. Buenos Aires, 1987, 49 y 50.

***Sin apoyos interiores ni exteriores
tras la derrota de las Malvinas,
las Fuerzas Armadas comenzaron
a articular su salida del gobierno.***

Así las cosas y tal como se formuló el planteamiento del «tercer movimiento» —que, por otra parte, no era sino la posibilidad de apertura de una alternativa, pero no la alternativa misma— resultaba evidente que la constitución de un bloque de poder como objetivo de acción prioritaria no estaba, por lo menos en lo inmediato, dentro de los propósitos de Alfonsín ni tampoco de la dirección alfonsinista.

Por otra parte, aun la misma alianza carecía de las articulaciones propias que la hicieran mínimamente duradera. Constituía, más bien, una convergencia de voluntades posicionadas en diferentes fracciones de clase que coincidieron en un lugar y tiempo —el comicio del 30 de octubre— convocados por un querer creer en el dirigente —Raúl Alfonsín— que prometió constituirse en *bisagra* de un nuevo tiempo. Les faltaba, por tanto, el núcleo operativo ideológico indispensable —el radicalismo se negó por principio a comprometerse con una ideología— para articularse como estructura con capacidad de trascender.

Sin unidad de propósitos en la gente que confluía en apoyo de aquél y sin valor para apostar por la configuración, primero, de una alianza y, luego, de un bloque de poder —para lo cual hubiera sido necesario optar entre las posibles fracciones de clase concurrentes a ese fin— Alfonsín dejó de representar una alternativa de cambio —¿tercer movimiento popular en la historia nacional?—, replegándose sobre el partido que, hasta ahora, constituye el otro polo político argentino: la Unión Cívica Radical.

La situación en las vísperas electorales

Como expusimos arriba, en términos generales la política argentina ha tendido a la polarización, sobre todo cuando la convocatoria de comicios ha sido para elecciones de Presidente y Vicepresidente de la nación. Durante los últimos cincuenta años la misma ha estado centrada en la pugna entre peronistas y radicales, sin perjuicio de que, muchas veces, hubiera intentos de romper con ese bipartidismo.

Pero también es cierto, como dijimos antes, que nuestro proceso histórico se desarrolló dentro de parámetros cíclicos marcados, cada uno de ellos, por «ondas» o «curvas» de aproximadamente cuarenta años de duración, tiempo que permite el desarrollo de una «concepción del mundo» específica y que es reflejo y a la vez refleja la influencia mutua de la realidad y los protagonistas que la encarnan, es decir, las diferentes generaciones que asumen esa concepción.

Asimismo señalamos que, en el caso argentino, los golpes de Estado promovidos por las fuerzas armadas en los últimos 65, alargaron, por así decirlo, la vigencia de un determinado ciclo. Ello sin perjuicio de intentos por sustituir la «concepción del mundo» vigente por otra que expresara más adecuadamente los factores que estructuran la realidad y el sentir y pensar de quienes acceden al proceso de su dirección para acelerar o retardar sus consecuencias.

Cada uno de esos ciclos, en el momento de su conclusión, hace patente la existencia de una crisis que supone, como lo expresa el ideograma chino que lo representa, el fin de un tiempo y, a la vez, la apertura de uno nuevo. En una palabra, cada una de esas crisis cíclicas comporta la expresión de una beligerancia y de una ruptura que descansa en una dialéctica de incitación y respuesta. Incitación o desafío planteado por la realidad y respuesta por parte de quienes dan vida a las estructuras

***Muchos creyeron que
la coalición radical-alfonsinista
podría desembocar
en la configuración de
un nuevo «bloque de poder».***

que la configuran: los hombres de carne y hueso como colectivo generacional.

En nuestro caso, hoy, en 1995, se estaría frente a una de esas crisis en el «ciclo Kondratieff» vigente, abonada por los acontecimientos que originaron, en su momento, la tentativa frustrada del radicalismo alfonsinista.

Es decir, más allá de que la crisis como desafío encuentre o no su respuesta adecuada, lo que cabe subrayar en relación con el actual momento en la historia de Argentina radica en el efecto presente de un desajuste que se ha venido articulando en estos últimos años y que afecta, con mayor o menor intensidad, tanto al peronismo como al radicalismo.

Lo expuesto no pretende ignorar los resultados electorales recientes —elecciones de 1991, 1993, 1994 y 1995. Estos están ahí y son incontestables; pero lo son desde un punto de vista cuantitativo y no cualitativo. Y en este punto es conveniente conducirse con cautela, sin permitir que la prudencia confunda la percepción de los datos emergentes de la propia realidad.

Cuando sostenemos que, a partir de 1983, la opinión política se ha distanciado progresivamente de sus tradicionales lealtades —circunstancia que se vivió con oportunidad de la elección de Alfonsín como Presidente de la República— no pasamos por alto que parte de ese distanciamiento se plasmó en elecciones no presidenciales, toda vez que en las de 1989, en las que triunfó Menem, la polariza-

ción se presentó como una opción entre peronistas y radicales.

Pero conviene señalar en honor a la verdad que en ese último comicio, tras de la frustración de la tentativa que se perfiló a comienzos del periodo alfonsinista, no había aparecido ninguna posible alternativa.

A partir de allí y sobre todo con la *voltereta programática* de Menem y su adopción sin beneficio de inventario de las recetas neoconservadoras mediante las que se desguazaron los «aparatos» del Estado —destruyendo los mecanismos de control que son de su exclusiva competencia— y se estimuló la hipertrofia de grupos económicos sectoriales —quienes al transformarse en «aparatos corporativos», se constituyeron en «señoríos»⁽³¹⁾—, se da un reflujo del planteamiento de configuración de una alternativa. Es obvio que éste enraizaba en la existencia cierta de antecedentes postulados por quienes, en su mayoría en la década anterior, habían depositado su confianza en Alfonsín.

1991 marca el inicio de ese propósito. El número de votos que otrora captaba el radicalismo se diluye en una serie de opciones. Así, en la Provincia de Buenos Aires esta organización política pasa a recibir el 23% de los votos, cuando en 1989 había obtenido un 38,8%, es decir, un 15,8% menos. El aumento del peronismo no es sustancial: cuatro décimas entre esas dos elecciones (1989: 45,6%; 1991: 46%)⁽³²⁾.

En la Capital Federal, no obstante, la UCR gana votos. Del 38,5% recibido en 1989, pasa

(31) En *Argentina, periférica y neofeudal*, op. cit. traté *in extenso* la problemática del «neofeudalismo» que emergía como *dato sociopolítico* que hacía a los «aparatos» debilitados del Estado, *tributarios* de los «grupos económicos oligopólicos», los cuales actuaban como «señoríos», similares en su funcionamiento al de los característicos del feudalismo europeo.

(32) *Diario Clarín*, 9 de septiembre de 1991.

al 40%. Sin embargo, una agrupación con un largo historial alcanza apenas el mínimo de sufragios necesarios para obtener un escaño en la Cámara de Diputados de la Nación: la Unidad Socialista, y Alfredo Bravo es elegido diputado nacional⁽³³⁾.

En 1993, el radicalismo pierde en ese distrito electoral su posición de primera minoría, ganando votos el peronismo por primera vez desde las elecciones de 1983. Al mismo tiempo opera una relativa ampliación del espectro político que accede a escaños en aquel cuerpo colegiado. En tanto la Unidad Socialista conquista un nuevo escaño (10,6%), aparece también el Frente Grande, que permite a Carlos «Chacho» Alvarez revalidar su título y prorrogar su mandato por otros cuatro años (con anterioridad, en el periodo 1989-1993, había resultado electo en las listas del justicialismo, organización de la que se había separado al integrar el Grupo de los 8) y, asimismo, ganar otro, con un 12,1% de los votos.

Poco antes de esas elecciones, celebradas en octubre de ese año, las encuestas de opinión señalaban la presencia del Frente Grande como una opción de centro-izquierda a tener en cuenta, en la medida que «supera su media histórica captando votos de peronistas y radicales críticos»⁽³⁴⁾. Con certeza se afirmaba que el sufragio frentegrandista se componía mayoritariamente de votantes que, en anteriores comicios, se había mantenido dentro de las disyuntivas de la polarización entre peronistas y radicales: un 28,5% de los votantes dieron su apoyo al Frente Grande por las propuestas formuladas, un 20,1% lo apoyaron

(33) Es significativo, en lo que concierne a quienes votaron por la Unidad Socialista, que un 40% de los que así hicieron, manifestaron que su decisión se había tomado «porque otros los habían defraudado». *Diario Clarín*, 11 de septiembre de 1991.

(34) «¿Cómo van a votar los jóvenes?». *Diario Clarín*, 8 de agosto de 1993.

*Optar por Alfonsín comportaba
elegir la construcción
de un nuevo país por
una nueva generación de actores.*

por ser opositores al gobierno y un 18,1% lo votaron por la honestidad de los candidatos⁽³⁵⁾.

En cuanto a la extracción social de los votantes de la Capital Federal, en 1993 los que en definitiva se inclinaron por el Frente Grande provenían de la clase media en un 70%, lo cual explica el comentario periodístico de que esta agrupación «le está disputando al radicalismo el mismo sector social, mientras que de la clase alta suma un 15%, el mismo porcentaje que en la clase baja» —y sigue— «también le pelea al radicalismo el electorado femenino: el 65% de quienes dicen que votarán al FG son mujeres. En esta fuerza de centro-izquierda, en cuanto al nivel educativo, también predominan los de nivel universitario y terciario con el 45%»⁽³⁶⁾.

Si hemos glosado lo expuesto por un periódico en cuanto a composición social, de grupos de edad y factores que, en definitiva, inclinaron al electorado porteño, y en menor medida al de la Provincia de Buenos Aires, a dar su voto al Frente Grande en ese comicio, lo hemos hecho porque es significativo que esa convergencia de elementos objetivos y de decisión fueron los mismos que en 1983 determinaron el triunfo de Alfonsín con un 52% de votos. En una palabra, porque a partir

(35) «Motivos del Voto». *Diario Clarín*, 10 de octubre de 1993.

(36) Muleiro V. «Quién vota a quién en la Capital». *Diario Clarín*, 21 de agosto de 1993. Comentario a una encuesta realizada por la consultora Rouvier y As.

de ahí se insinúa la configuración de una posible alternativa política.

Siete meses después de esa confrontación se celebran las elecciones del 10 de abril de 1994. Pero durante ese lapso un hecho que les sirve de detonante agrega un nuevo elemento: el acuerdo de Olivos entre Menem y Alfonsín que legitima la convocatoria de comicios constituyentes para la reforma de la Constitución Nacional vigente.

Más allá de las circunstancias que rodearon la conclusión de ese acuerdo entre las dos fuerzas políticas mayoritarias del país —circunstancias que, como otros pactos o acuerdos, resultarán materia de enjuiciamiento histórico— lo cierto fue que conmocionó decididamente a la ciudadanía, especialmente a los sectores de la clase media y parte de la clase popular alta, quienes se manifestaron en contra de esas reformas, por la forma y oportunidad con que se habían propuesto.

Esa conmoción operó como catalizador de un proceso. Si en 1993 aparecía como posible la configuración de una coalición o alianza no articulada de fuerzas que se tradujo en leve desviación de un voto relativamente leal al radicalismo; en 1994 esa posibilidad se concretó, en alguno de los distritos más importantes de Argentina, en una nueva realidad, sellada por los triunfos del Frente Grande sobre el radicalismo y peronismo en Capital Federal y Neuquén, y un segundo lugar en la Provincia de Buenos Aires.

***La coalición
radical-alfonsinista
no fue un
«tercer movimiento popular»
capaz de trascender
la coyuntura política.***

Cierto es también que para muchos de los que votaban ese comicio aun tratándose de algo tan importante como el de la reforma de la Constitución, no comprometía en demasía, habida cuenta que los elegidos como constituyentes debían cumplir un fin determinado: introducir solamente modificaciones previamente acotadas en nuestro ordenamiento jurídico-político básico. En otras palabras, para la opinión pública las elecciones carecían de la trascendencia que pudieran tener unas presidenciales o, siquiera, una parlamentaria nacional o de gobernadores o parlamentarios de provincia.

Tanto es así que el mismo *Chacho* Alvarez, al día siguiente del 10 de abril, manifestó que «nada garantiza la continuidad de ese consenso si no se amplían y precisan el discurso y la organización de esta propuesta opositora»⁽³⁷⁾.

Sin embargo, al contrario de lo que pudo haberse supuesto, el Frente Grande no irrumpió como una opción sorpresa por parte de la ciudadanía que así se apartaba de la disyuntiva a la que había estado sometida por la polarización. Es que, sin dejar de reconocer la habilidad con la que los integrantes del Frente se movieron a partir de allí, como p. ej. el lanzamiento de una coincidencia programática —acuerdos del Molino—, en la que intervinieron José Octavio Bordón, Carlos «Chacho» Alvarez y Federico Storani, —este último aclarando su filiación radical—, la permanencia de la presencia frentista nos estaba indicando que su propuesta, al apuntar a la estructuración de un movimiento alternativo, más que la simple respuesta a una coyuntura

(37) Diario *Clarín*, 11 de abril de 1994. El comentario del periodista Carlos Eichelbaum concluye que muchos de quienes compusieron el 12,7% de votos recogidos por el Frente Grande en todo el país y 37,6% en Capital Federal, debióse a un «hastío por el modelo social» que había configurado el menemismo. En esa confrontación electoral el justicialismo obtuvo en todo el país 37,7% y el radicalismo, 19,9%, escasamente 7,2% arriba de la opción frentista. El subrayado es nuestro.

A partir de 1983 la opinión pública se ha distanciado de sus lealtades políticas tradicionales, reflatándose la configuración de una alternativa al bipartidismo.

puntual –la reforma o no de la Constitución–, era apoyada por el amplio espectro social que había votado al Frente Grande y planteaba su continuidad.

No viene al caso efectuar un «*racconto*» de los hechos y circunstancias que, en definitiva, se concretaron en la fórmula presidencial del FREPASO. Esa tarea corresponderá a los historiadores, según aquellos hechos y circunstancias vayan adquiriendo una suficiente entidad política.

Expectativas

Conforme lo hasta aquí expuesto, reforzado según veremos por los comicios de mayo de 1995, la Argentina actual ha desarrollado una perspectiva que la transforma. Por lo pronto, deja de moverse dentro de una polarización bipartidista imperfecta y aparece la posibilidad de intervención de una tercera opción que, amén de su inclusión como tal, en principio desplaza a uno de los tradicionales polos de aquel bipartidismo. El radicalismo, como fue anticipado por las encuestas, ocupó el tercer lugar en el comicio presidencial con 2.956.101 votos (16,9%), habiendo obtenido el FREPASO 5.095.974 votos, que representan el 29,3% del total y superan a aquél en 2.139.873 votos.

El triunfo del «menemismo»

El «menemismo» obtuvo 8.686.685 votos o, en otros términos, un 49,9% del electorado

se pronunció en favor de la fórmula Menem-Ruckauf. Este resultado merece una explicación, habida cuenta que los sondeos de opinión en la semana previa al comicio, y aún las más favorables, pronosticaban en torno al 45% de los votos a su favor, con un margen de error del 1,5%.

Si bien es cierto que la inflación en Argentina ha disminuido a niveles semejantes a la de los países europeos y que esa estabilidad no se vivía desde hacía 52 años, también es cierto que, salvo el desempleo de principios de la década de los años treinta producido por el impacto de la crisis mundial, nunca se habían alcanzado los porcentajes que dio cuenta la Encuesta Permanente de Hogares realizada por el INDEC (Instituto Nacional de Estadística y Censos) para octubre de 1994: un 12,2% de desempleados y un 10,2% de subocupados, es decir, el 22,4% de la PEA. Para mayo de 1995 se calcula un 14% de desempleados⁽³⁸⁾.

La presencia de este doble parámetro –estabilidad económica, por un lado, y desempleo y subocupación, por otro– que, en cierta forma, configuraría una contradicción

(38) Bour Juan, L., «El desempleo no bajará». «La demanda de trabajo cayó en todos los centros urbanos, en los sectores financieros, en los servicios y en la industria» y para el segundo trimestre de 1995 se prevén más reducciones de personal. Diario *Clarín*, 21 de mayo 1995. Cabe agregar que en Argentina en la práctica puede afirmarse la inexistencia de un seguro de desempleo, por resultar ínfima la cantidad de beneficiarios de éste. En el Plan Social que el gobierno dio a conocer antes de los comicios, se preveía que los beneficiarios de una suerte de seguro de salud alcanzaría a 95.000 personas sobre 1.700.000 desocupados. No se dieron a conocer, en octubre de 1994, los datos correspondientes a subocupados, pero aun manteniéndose un porcentual semejante al relevamiento anterior, el total de desempleados o cuasidesempleados (trabajan menos de 35 hs. semanales) podría haber ascendido a 24,2%. En el diario *Clarín* del 7 de junio 1995 se afirma que a mayo de 1995 el total de desocupados alcanzaría en Capital Federal y Gran Buenos Aires, al 16% y con 2 millones de desempleados en todo el país.

**En 1994, la aparición
de una nueva opción política
se concretó en el triunfo
del Frente Grande en algunos de los
distritos electorales más importantes.**

en los términos conducente a una suma cero, merece una explicación.

De acuerdo con una encuesta efectuada durante las elecciones –encuesta *boca de urna* (a la salida del comicio)⁽³⁹⁾– el 48,2% de quienes respondieron manifestaron haber votado a Menem «por la continuidad del plan económico y la estabilidad». Esto es, casi la mitad del electorado que, en definitiva, se inclinó a votar por el gobierno lo hizo en razón de una seguridad con lo que se tiene, resultándole indiferente si lo que se tiene es mucho o poco, y con relativa independencia de la clase o fracción de clase social a la que pertenece.

Ello porque, conforme esa misma encuesta, el 50% de los votantes de Menem provino de la base de la pirámide social, el 35% de los votantes pertenecían a las clases medias y el 15% a las altas. Si, para completar el cuadro, tenemos en cuenta la continuidad en el voto⁽⁴⁰⁾, se observó que el 77% de quienes se inclinaron por el oficialismo ya habían votado por éste en elecciones anteriores.

Conjugando estas tres alternativas se deduce que la decisión de voto de quienes lo vota-

(39) Encuesta de CEOP (Centro de Estudios de Opinión Pública). Diario *Clarín*, 21 de mayo de 1995.

(40) Hacemos una diferenciación entre *continuidad y fidelidad* o *cautividad*, toda vez que en este último caso –la existencia de una tradición peronista– lo hizo un 13,1%.

ron por la fórmula Menem-Ruckauf se fundó en 1) el peso de la pertenencia social de los que configuran el espectro menemista, que se revela por la extracción social mayoritaria de sus componentes, reforzada por la continuidad de un voto que refleja una relativa fidelidad o cautividad, con mayor intensidad en sectores de clase baja no articulada; 2) la incidencia de un *statu quo* (estabilidad) económico que aseguró la imagen –internalizada mediáticamente⁽⁴¹⁾– de permanencia en la existencia de mínimos de expectativas previsibles.

En cuanto a los sectores populares, activos o semiactivos, o desempleados, hizo mella la de pertenencia y el temor o la esperanza de que la crisis resultara ser coyuntural, teniendo en cuenta el crédito ganado por el gobierno en la batalla contra la inflación⁽⁴²⁾.

Este cuadro podrá resultar inexplicable desde un punto de vista ideológico, pero no lo es desde uno sociológico. Cuando Göran Therborn nos plantea la existencia de una

(41) Cuando afirmamos la existencia de una «internalización mediática» no nos referimos a la presencia de una propaganda, directa o indirecta, masiva, que fue intensa a favor del «menemismo», sino a formas más sutiles, vgr. el alud de comunicaciones en torno a préstamos de organizaciones internacionales, como el F.M.I. o el Banco Mundial, para paliar la «crisis de confianza» a raíz de la salida en «estampida» hacia el exterior de 8 mil millones de dólares, o los «juegos» a la baja y a la alta de acciones en una Bolsa de Comercio extremadamente sensibilizada y de escaso movimiento de capitales (en promedio durante la primera quincena de mayo se movió en torno a 17 millones de dólares) cuando se comentaba la posibilidad de «ballotage» o la victoria del oficialismo en primera vuelta respectivamente, la que se daba a conocer como «información» objetiva y «neutral».

(42) Una encuesta realizada en el partido de Moreno –distrito del conurbano bonaerense– donde el índice de desempleo y subocupación alcanza al 30,7% (16,9, desempleados; 13,8, subocupados), el 59,1% de los desempleados y el 55,55% de los subocupados, manifestaron que votarían por Menem. Diario *Clarín*, 22 de mayo de 1995.

«sociedad dos tercios/un tercio»⁽⁴³⁾ en la que el tercio desempleado o subocupado al adquirir condiciones de marginalización permanente se constituye en la amenaza patente para aquéllos que se encuentran integrados en el proceso productivo, está afirmando, a la vez, la constitución de un nuevo bloque de poder que, como tal, actúa políticamente (asume actitudes y toma decisiones), más allá del hecho de que ese nuevo «bloque» se configure, desde un punto de vista ideológico, como contra-natura⁽⁴⁴⁾.

Esto explicaría, según Therborn, la particularidad de que en el sur de Inglaterra, favorecido por la política «thatcherista» y donde vive un 40% de la clase obrera, la mitad de ésta haya votado «conservador», un cuarto «laborista» y otro cuarto, «liberal-socialdemócrata», y le hace concluir que «en resumen, se puede decir que la reducción de la inflación y el crecimiento de nuevos sectores económicos ofrecen una opción conservadora racional para algunos sectores de la clase obrera y de las capas medias»⁽⁴⁵⁾. De ese modo, son éstos los principales garantes de la continuidad del sistema o *establishment*, en

(43) Therborn, G., «The Two-Thirds/One third Society». En Hall, S. y Jacques, M., *New Times. The changing face of Politics in the 1990's*, p. 103 y ss. Verso, 1990.

(44) El concepto de «contra-natura» se desprende de lo expuesto por Engels en torno a cómo Bismark impulsó el proceso de unificación alemana bajo la preeminencia de Prusia, cuando sostiene «la significación histórica de Bismarck reside en el hecho de que llevó a cabo la unificación de Alemania —problema clave de la revolución burguesa alemana— de manera reaccionaria, con el mantenimiento del viejo aparato del Estado *junker*» y donde éste se reserva el control político, mientras la burguesía lo hace con el control económico del nuevo espacio geopolítico alemán. Marx-Engels, *Correspondencia*, p. 180 y *Cartas de Engels a Marx del 13 abril 1866 y del 25 julio 1866*. El subrayado es nuestro.

(45) Therborn, G., «La dinámica del capitalismo y el sentido del proyecto socialista hoy y mañana» en A. Guerra et al. *El nuevo compromiso europeo*, p. 128. Ed. Sistema, Madrid 1987. El subrayado es nuestro.

***La mitad de los que votaron a Menem
lo hicieron por la necesidad
de asegurar lo que se tiene,
fuera esto poco o mucho.***

tanto éste, personalizado en su clase dominante, evite su caída en la desocupación. Prueba palpable de esta conclusión fue, pocos meses atrás en la ciudad de Buenos Aires, la demanda mediante carteles y consignas de la Unión Obrera Metalúrgica (UOM) de cerrar las fronteras para evitar el ingreso de trabajadores provenientes de los países limítrofes que pudieran competir por los puestos de trabajo.

Para los europeos, acostumbrados a moverse en una realidad social cuyo sistema de estratificación, por razones histórico-políticas en las que no viene al caso abundar por lo conocidas, se integra dentro de un cuadro ideológico relativamente claro, —especialmente en países con sociedades civiles establecidas desde hace tiempo⁽⁴⁶⁾—, la emergencia de un «bloque de poder» como el que describe Therborn adquiere ribetes de tragedia. Para nosotros, que habitamos en países de «formación política» periférica, en la que tanto la sociedad civil como el Estado son débiles o gelatinosos, lo que aparece como novedad no es la existencia sino la aparición «sin maquillaje» de esa «alianza contra-natura» que, por su relativa permanencia, adquiere características de «bloque de poder».

Lo expuesto no pretende ignorar situaciones específicas vividas con anterioridad en el

(46) En *Sociedad civil y participación ciudadana*. Ed. Pablo Iglesias, Madrid 1994, hice referencia a este tema, puntualizando las consecuencias políticas que una frustración en el desarrollo de la *sociedad civil* en España y en Francia había determinado la inestabilidad en esas «formaciones políticas».

continente europeo. La presencia de lo que Marx o Engels caracterizaron como bonapartismo en su afán de fijar una tipología que resumiera un estadio en el desarrollo del capitalismo, guarda bastante similitud con ciertos fenómenos políticos ocurridos en la periferia. El «populismo» de Luis Napoleón, el «boulangismo» en los primeros años de la III República Francesa, la hegemonía del Partido Radical bajo ese mismo régimen o el republicanismo populista de Lerroux en España constituyeron buena muestra de la existencia de «formas» de implementación, en el plano político, de una realidad que expresaba «formaciones económicas» y «formaciones sociales» en estado de transición y no totalmente articuladas.

Sin embargo, el desfase en relación con otros procesos históricos, p. ej. el inglés, fue temporal. Esto es, la introducción de las fuerzas productivas de nuevo cuño y las relaciones sociales que éstas provocaron fue, en los diferentes espacios geopolíticos, producto de una distinta receptividad, dada por razones de desarrollo histórico particulares y por los distintos momentos históricos en que fueron introducidos. Subyacía, bajo esa contingencia, la ubicación geográfica (*topos*) y política central de esas naciones.

En la periferia —y Argentina forma parte de ese mundo— los procesos de introducción y enlace con la «formación económica» capitalista y el modo con que se constituyó su «formación social» han permitido que el «populismo», como manera concreta de implementación de aquellas realidades formativas,

***El bloque de poder representado
por el menemismo podría describirse
como un conservadurismo
con apoyo popular.***

adquiriera una connotación de permanencia que no tuvo en los países centrales. De ahí la viabilidad de la constitución de un «bloque de poder» populista como el que fuera plasmado por el peronismo histórico y actualmente, ya sin ningún tipo de tapujos, por el menemismo⁽⁴⁷⁾.

Nos encontramos, pues, con el triunfo del menemismo ante un «bloque de poder» que puede resumirse bajo el epígrafe «de la Biela a las Bailantes de Florencio Varela»⁽⁴⁸⁾, es decir, o sea un «conservadurismo con apoyo popular».

En ese tipo de «bloque» descansa el núcleo duro o masa crítica del menemismo. Pero su existencia no explica el porcentaje de votos recibido por ese movimiento. Aquella masa crítica puede representar un número de votos fluctuante alrededor del 40% del electorado; porcentaje que se corresponde con lo que ha sido la base histórica del justicialismo, por lo menos desde las elecciones de 1983. Aunque elevada, esa representatividad no significa invencibilidad. En 1983 y 1985 el radicalismo pudo superarla.

Hay que computar, también, como factor el llamado «voto del miedo», esto es, la deci-

(47) Más allá de diferenciaciones en la modalidad de presentación del peronismo histórico y el menemismo, atribuible a los distintos *tempos* de existencia visible en el quehacer político argentino, tanto uno como otro fueron movimientos *populares*, en cuanto nutrientes de apoyo concreto, y *conservadores* en cuanto objetivos de existencia. En *Desarrollo y discontinuidad política en Argentina*, op. cit. desarrollé *in extenso* esa temática y a la misma me remito.

(48) Así, interpretando el triunfo menemista, titularon dos alumnas —Mónica Clauser y Silvina Danesi— un trabajo práctico, realizado en la Cátedra a mi cargo en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires., La «Biela» es el nombre de una cervecería ubicada en el Barrio de la Recoleta en Buenos Aires (donde reside la clase alta) y las «bailantas» constituyen los bailes populares de sectores de la clase baja en uno de los distritos con mayor nivel de pobreza del conurbano porteño.

***Si bien el menemismo triunfó
en la mayoría de los estados,
en muchos lo hizo sólo por
un estrecho margen de diferencia.***

sión de votar por el oficialismo por temor a que cualquiera de otras opciones implicaba o podría implicar «un salto en el vacío».

Más arriba señalamos que un 48,2% del «voto Menem» fue para asegurar la estabilidad y la continuidad del plan económico. (No se detalló en la publicación de la encuesta el porcentaje que correspondió a cada uno de esos dos puntos.)

Es presumible pensar que esa categoría de votante correspondió al sector de las clases medias —que contribuyó con 35 de cada 100 en la votación menemista— y que se vio impedida a hacerlo por necesidad, ya que gran parte de sus componentes se encuentran endeudados por las compras a crédito en dólares de bienes inmobiliarios, automóviles, electrodomésticos, etcétera, y el abandono de la paridad peso/dólar implicaría una debacle en sus economías de por sí en situación crítica. Fue su voto la expresión de lo que dio en llamarse el «voto electrodoméstico», donde la decisión fue heterónoma o impuesta por el miedo, «deseando que nada cambie, aunque nada ande demasiado bien. Deseando, apenas, que nada ande peor. Es la heteronomía que produce el miedo. Es la triste sensación de no haber elegido desde la libertad sino desde el rincón estrecho, amargo de la necesidad»⁽⁴⁹⁾.

Prueba de ello es el hecho de que el oficialismo obtuvo en las elecciones de Diputados, un 43,12% de votos, con 6.995.385 de los

(49) Feinmann, J. P., «Libertad y necesidad», *Página*, 12, 27 de mayo 1995.

votos totales —casi 1.100.000— guarismo que se acerca a la base histórica de aquél.

Parecidas reflexiones pueden hacerse a partir de la lectura de los resultados de las elecciones celebradas para renovar las autoridades provinciales donde, si bien el menemismo triunfó en la mayoría de esos estados, lo hizo en muchos casos con márgenes de diferencia muy estrechos para con el que ocupara el segundo lugar.

Pero, sin embargo, sí es preocupante una posible tendencia en la actitud del oficialismo, cuya vocación hegemónica se basa en más que la mera cuantificación del voto.

Hay un dato cierto. El menemismo obtuvo 68 diputados en la renovación de la Cámara de Diputados, con lo que el número total de éstos, a partir de diciembre de 1995, será de 133. Esto es, tendrá *quorum* y mayoría absoluta, conservando su holgada preeminencia en el Senado de la Nación.

Esos datos, para los europeos —acostumbrados a las reglas del ejercicio democrático— carecen de la peligrosidad que encierran para nosotros los habitantes de la periferia, amén de ser otra la historia que vivieron, también son otros los componentes que abonan nuestra preocupación.

La hegemonía constituye una propiedad característica de la sociedad civil, del mismo modo que la coerción lo es del Estado propiamente dicho. En este sentido su presencia, sea como dirección o como configuradora de una «concepción del mundo»⁽⁵⁰⁾, no tiene más

(50) Me atengo aquí al clásico distinguo de propiedades entre sociedad civil y Estado que formula A. Gramsci en su concepción del «Estado pleno» que yo denomino «formación política» y que desarrollé, con más detenimiento, en *Reflexiones en torno a la sociedad civil*, Universidad de La Plata, 1995. Ver, asimismo, Pereyra C., «Gramsci. Estado y sociedad civil», *Zona Abierta* 48/49, p. 61 y Bobbio, «Gramsci y la concepción de la sociedad civil». *Estudios de Historia de la Filosofía. De Hobbes a Gramsci*, p. 337. Ed. Debate, Madrid 1985.

valor que el de la tipificación de uno de los términos del entramado de relaciones que entraña la «formación política».

Pero cuando planteamos la peligrosidad de una vocación hegemónica en el *menepemonismo*, lo hacemos en virtud de dos situaciones. La primera que indicamos antes⁽⁵¹⁾, en torno a la tradición política nacional de representarse al «otro» –al oponente– como enemigo más que como adversario, abonada por un largo historial de intransigencia; y la segunda, por la existencia de una veta autoritaria en ese movimiento y que se compatibiliza con la presencia de la misma, en grado ponderable, en el comportamiento de los argentinos.

Esto último fue analizado a través de sendos trabajos de campo efectuados por E. Catterberg⁽⁵²⁾ y F. Echegaray⁽⁵³⁾ lo cual les permitió concluir a ambos que existía un fuerte componente autoritario en la población, el cual se agudizaba a medida que se descendía en la escala socioeconómica.

Así, mientras el primero destaca que un 32% de los sectores bajos articulados y un 49% de los no articulados estima fructífero para una mejora de la situación del país la presencia de un solo partido político; el segundo, señala que seis de cada diez encuestados (58%) «no dudaron en expresar la mayor conveniencia de un líder fuerte para hacer las leyes que el país necesita».

Con este trasfondo, que hace patente una cultura autoritaria fuertemente arraigada, a pesar de las experiencias sufridas por los argentinos en los últimos treinta años, se explica cómo a partir del 14 M se ha ido creando un clima altamente negativo para el

(51) *Ver supra*.

(52) Catterberg, E., *Los argentinos frente a la política*, op. cit. p. 66 y ss.

(53) Echegaray, F., *Impávidos ante la democracia: la subjetividad política argentina*, op. cit. p. 41.

La peligrosidad de la vocación hegemónica del menemismo reside en su veta autoritaria, que comparte con gran parte de la población.

buen curso del ejercicio democrático que, incluso, ha merecido editoriales políticos francamente críticos.

Es así que pudo sostenerse que «el Gobierno no sabe de pudores. Desde el 14 de mayo hasta estos días ha hecho sentir en cada uno de sus actos el peso político de la mitad de los votos obtenida en las elecciones», y agregaba, «el Presidente Carlos Menem, su principal artífice, utiliza aquel poder a discreción contra propios y extraños»⁽⁵⁴⁾, y que, a pocos días de ese comicio, un ultramenemista –L. Barriónuevo– uno de los *factotum* del encuentro Alfonsín-Menem que concluyó en el Pacto de Olivos y la reforma de la Constitución Nacional, proclamara la necesidad de proceder a una nueva reforma de ésta para habilitar la reelección de Menem para otro periodo; que el Poder Ejecutivo se negara a promulgar la ley de Patentes que fuera votada por el Legislativo y refrendada por la casi unanimidad de ambas cámaras, después del veto parcial del Ejecutivo; o que la Secretaría de Seguridad de la Presidencia de la Nación remitiera cartas, a diferentes fundaciones, centros de estudio, etcétera, preguntando por «objetivos, áreas temáticas, líneas de trabajo, publicaciones, sede institucional, volúmenes de la biblioteca y sistemas de computación»⁽⁵⁵⁾.

Lo expuesto vale como para que esa vocación hegemónica en la Argentina, con su cre-

(54) *Diario Clarín*, 4 junio 1995. Van del Kooy, E., *Palabra de honor*.

(55) *Diario Clarín*, 4 junio 1995, p. 6.

ciente incorporación al ejercicio democrático, con una sociedad civil muy débil y con un difuso deslinde entre los distintos poderes institucionales (Ejecutivo, Legislativo y Judicial), aparezca, en principio, como disfuncional.

Disfuncionalidad que se agrava en tanto los factores de contrapeso político –las agrupaciones opositoras– se encuentran relativa y transitoriamente debilitadas por los cambios que podría suponer, por un lado, el desplazamiento del radicalismo de su, hasta el 14 de mayo, segura posición de primera oposición y la emergencia, por otro, del FREPASO como posible alternativa del oficialismo.

La situación del radicalismo

Sostuvimos arriba⁽⁵⁶⁾ que el 14 M el radicalismo, por primera vez desde 1946, cedió el lugar de primera oposición al peronismo, ocupando el tercer lugar por votos en la elección presidencial (16,9% contra 29,5% obtenidos por el FREPASO) y manteniendo el segundo lugar en la de Diputados, pero con una escasa diferencia respecto del FREPASO de 146.296 votos (UCR, 3.549.304; FREPASO, 3.403.008).

A ciencia cierta no podemos vaticinar si esos resultados muestran una situación definitiva o si, por el contrario, reflejan una circunstancia a un momento específico y puntual de la coyuntura. A lo más que puede aspirarse en los análisis politológicos es a señalar las tendencias que, como trazos gruesos, sirven para atribuir sentido a un proceso histórico determinado.

Lo cierto es que, después de haber triunfado en las elecciones de 1983 y 1985, en las de 1987 el radicalismo fue derrotado por el justicialismo. En la primera de ellas, mientras en

(56) *Ver supra.*

La lenta pero ineludible caída del radicalismo ha permitido la emergencia de un tercer movimiento, el FREPASO.

la elección presidencial había obtenido el 51,74% de votos frente a un 40,16% obtenido por el justicialismo, en la de Diputados fue del 48% (47,97%) frente al 38,47% del justicialismo; en 1985, los porcentajes respectivos fueron del 43,24% y 34,24%, y en 1987 se invirtieron las posiciones, obteniendo el justicialismo el 41,48% y el radicalismo el 37,32%.

Desde esos comicios en adelante y hasta estos últimos de 1995, el orden determinante de las posiciones ocupadas por el justicialismo y el radicalismo no se ha alterado. Pero, si se dibujara la curva de evolución del voto de ambas siglas políticas, se vería claramente el ascenso del justicialismo y, también, el continuado descenso del radicalismo, que lo conduce a ceder el segundo lugar al FREPASO⁽⁵⁷⁾.

Este descenso continuado, cuya gravedad se centra en la circunstancia de que en 1994 el FREPASO triunfa en la Capital Federal con el 37,6% de los votos, desplazando tanto al justicialismo como al radicalismo y en la Provincia de Buenos Aires araña el millón de votos (962.214) y empata técnicamente con la UCR, se agudiza con la última elección.

En 1994 se consideró que la pérdida en el número de votos debióse al repudio generado

(57) La diferencia en los guarismos correspondientes al número de votos recibidos por el PJ, la UCR y el FREPASO se deben a las variaciones propias del escrutinio provisional, que se hace en mesa, y el definitivo.

en la ciudadanía por el acuerdo Alfonsín-Menem que condujo a la reforma constitucional. Es decir, para los más –y en cierta forma ese fue el pensamiento de la dirigencia radical– se trató de una elección atípica, por constituir un comicio que no comprometía parcelas de poder y, por tanto, permitía un mayor margen de desenganche del votante respecto de sus tradicionales lealtades.

Sin embargo, la nueva derrota sufrida por los radicales no permite la misma explicación. Ahora se planteaba la renovación presidencial, en la mitad de la Cámara de Diputados, gobernaciones de provincias y municipios. Había cargos y poderes en juego.

En términos de «sensación térmica» la reiteración de una conducta electoral, medida por el número de votos recibidos en unos comicios que podrían suponer, en principio, un cambio de protagonistas en el escenario nacional, estaba indicando, por lo menos para cinco millones de argentinos, que la UCR no constituía una alternativa válida.

No obstante ello, la existencia de una estructura partidaria, sólidamente asentada a lo largo y ancho del país, la tradición histórica que da contenido a esa estructura y el control que tiene el partido radical sobre puntos estratégicos del poder –gobiernos provinciales (4), diputados nacionales (70), diputados y representantes en todas las provincias y municipios, algunos muy importantes, como Mendoza, Mar del Plata o Bahía Blanca– hace difícil adelantar un diagnóstico que implique la existencia de una crisis súbita y terminal.

Salvo que se produzca un enfrentamiento interno que conduzca a la división de la organización –y esta hipótesis no es relevante, habida cuenta que el descontento está limitado a diferencias de enfoque táctico y no a objetivos estratégicos sostenidos por interpretaciones ideológicas distintas– lo probable, en función de lo que a continuación diremos, es que

el radicalismo haya ingresado en un cono de sombra del cual podrá emerger o no, según las contingencias propias y las que deriven de la conducta de los otros contendientes, el menemismo y el FREPASO.

Y aquí retornamos al planteamiento inicial⁽⁵⁸⁾. ¿Podemos afirmar con absoluta seguridad que la pérdida en el número de votos recibidos –situación que se viene dando desde 1989– y que importó el desplazamiento del radicalismo al tercer lugar, resultó solamente de errores tácticos y de la falta de una estrategia capaz de construir una propuesta satisfactoria? O, en cambio, el dato de 1995, conjugado con los anteriores, ¿no nos suministra una clave explicativa que responde a factores más profundos que los de una simple coyuntura?

Creo más fundamentada la formulación de la segunda pregunta. Y ello, porque una caída lenta como la que ha venido sufriendo la UCR no puede responder, solamente, a problemas tácticos o estratégicos. Se revela en ella un proceso que vincula asunción de decisiones con comportamientos de clase; pero, igualmente, con comportamientos dados por la edad de quienes asumieron una determinada decisión de voto.

El radicalismo movilizó un apoyo por parte de integrantes de la clase media –47 de cada 100 encuestados– que, respondiendo a la pregunta de por qué habían votado a Massaccesi (candidato presidencial de la UCR), en un 51,1% manifestó haberlo hecho «por tradición» («siempre fui radical»).

Combinando ambos parámetros y teniendo en cuenta que la franja de edad de los mayores de cincuenta años es la que hizo sentir su peso en el voto radical, bien puede inferirse *a contrario sensu* que los votantes de mediana edad y los más jóvenes (franja de 18 a 24

(58) Ver *supra*.

La base electoral del FREPASO muestra una composición equilibrada en cuanto a niveles sociales, y la preponderancia de grupos de mediana edad.

años) se inclinaron mayoritariamente por el menemismo o el FREPASO.

Es decir, que la crisis en el radicalismo aparece, por un lado, como producto de haber éste completado su ciclo, sin perjuicio de una continuidad de su «aparato», que va menguando su capacidad para constituirse en posible alternativa de poder a nivel global, y, por otro, como la expresión de un descreimiento de las nuevas generaciones y de las de mediana edad con respecto al papel que podrá jugar en el futuro.

Las perspectivas del FREPASO

En estas condiciones se abre el abanico de posibilidades de configuración, o no, de una alianza permanente por parte de quienes confluyeron en la constitución de este movimiento. Es decir, debemos reiterar la pregunta que nos formulamos en términos teóricos al tratar la problemática de la alianza y los mínimos indispensables requeridos para estructurar un «bloque de poder» alternativo.

El FREPASO cuenta en su «haber» el hecho de encontrarse cabalgando en una onda ascendente de votos. En 1991 sumó un 10,5%; en 1993, bajó el 7,3%; en 1994, 16,7% y en 1995 alcanzó el 29,5% en el total del país.

Impulsó el procedimiento de realizar «primarias abiertas» para elegir la fórmula presidencial y promete continuar con esa expe-

riencia —el próximo 16 de julio— para la elección del candidato a Intendente de la Ciudad de Buenos Aires que, por la reforma constitucional, adquiere autonomía institucional y se constituirá, previa reunión de una asamblea reunida al efecto, en una suerte de ciudad-Estado semejante al *estatus* del que gozan Berlín y Hamburgo en Alemania.

En principio pues ha pasado satisfactoriamente los exámenes de ingreso y fue apoyado, para ello, por una ponderable masa de ciudadanos que otrora optaban entre peronistas y radicales.

Cuando la elección de constituyentes en abril de 1994, se dijo que «una golondrina no hace verano y el Frente tendrá que pelear para conservar ese electorado»⁽⁵⁹⁾, pero, se afirmó que «Acá (en Villa Soldati —barrio obrero y de clase media baja de la Capital Federal) la gente ya no se equivoca, juega al descarte, está cansada y quiere algo nuevo»⁽⁶⁰⁾.

En otros términos y en forma embrionaria hubo una manifestación de voluntad suficientemente clara, que en aquellos días se tomó como advertencia dirigida al poder, pero la elección del 14 M mostró que era más que eso. Se había asumido, por parte de una fracción de la ciudadanía, compuesta equilibradamente en cuanto a niveles sociales y con preponderancia de los grupos de mediana edad (franja de 25 a 49 años), que la propuesta del FREPASO aparecía «como la única alternativa de cambio» (31,3%).

Con la confrontación electoral que estamos analizando incrementó el número de escaños en la Cámara de Diputados, de 8 que tenía, pasó a 27. Asimismo, obtuvo en la Provincia de Buenos Aires 8 diputados y 3 sena-

(59) Diario *Clarín*, 15 de abril 1994. Palabras del concejal y caudillo radical Larrosa.

(60) *Idem*. Palabras del Presidente de la Asociación Vecinal de Fomento José Soldati.

***La transformación del FREPASO
en bloque de poder dependerá de la
capacidad de sus dirigentes
de formular una estructura
ideológica duradera.***

dores; 7 en Córdoba; 1 en Entre Ríos; 2 en Mendoza; 2 en Santa Cruz; 1 en Chubut y 3 en La Pampa.

Posee pues una cabeza de puente institucional en el gobierno federal y en alguno de los gobiernos provinciales que permitirán articular un «aparato» del que careció hasta el 14 de mayo y que, presumiblemente, constituyó una desventaja, tanto para captar votos en la elección nacional como en las estatales.

Pero todo ello, con ser positivo para la permanencia de esa corriente, no es esencial a su articulación definitiva como alternativa. El problema, vuelvo sobre el tema, radica en la implementación de la «alianza» para configurar un «bloque de poder» alternativo.

Por de pronto, a una semana de las elecciones, su dirigencia planteó la necesidad de trascender la estructura «frentista» por la de una confederación de partidos, articulada por «una mesa nacional compuesta por un representante de cada fuerza»⁽⁶¹⁾. Pero no se nos escapa la heterogeneidad de la «alianza» en la que conviven ex-peronistas de pasado justicialista reciente o lejano, democristianos, radicales y socialistas.

Esta heterogeneidad que abreva en «culturas» políticas diferentes constituye un serio obstáculo para superar el actual estadio aliancista; pero, no constituye una imposibilidad absoluta.

(61) Diario Clarín, 22 mayo 1995.

El Acuerdo del Molino con su planteamiento de «corte transversal» apuntó a la búsqueda de un espacio generacional, más que a la construcción de una propuesta unificada de acciones políticas. Sin embargo, en ese momento, diríamos que se estaba ensayando, por parte de quienes lo formularon –Bordón, Alvarez y Storani– una suerte de investigación de prefactibilidad, habida cuenta que Storani todavía tenía la esperanza de imponerse como candidato del radicalismo a la Presidencia y desde esa posición se podía encontrar en condiciones de convocar un «frente generacional».

En cambio los comicios de mayo, más allá del hecho de si comportaron o no la oferta de un programa coherente, constituyeron un hecho político nuevo. Hecho nuevo que para cinco millones de ciudadanos representó la fe en el FREPASO como vía alternativa posible. Su transformación en potencial contrapoder –esto es, en «bloque»– dependerá de que quienes lo integran sean conscientes de la ubicación de centroizquierda en que fueron colocados y estructuren, no para una elección sino con sentido de permanencia, una ideología como sistema de ideas que sirva a una sociedad periférica como es la argentina.

Si bien es verdad que casi un tercio de quienes votaron por la fórmula Bordón-Alvarez (31,3%) lo hicieron por considerar que ésta era la única alternativa posible, un 18,8% tomó esa actitud para «votar contra Menem y el gobierno», un 13,9% por ser Bordón «honesto y confiable» y un 9,1% porque era «la única oposición».

Debemos pensar, entonces, que el imaginario que rodeó al FREPASO desplegó un amplio abanico de expectativas, lo cual permitió la captación de un espectro social pluriclasiista pero ideológicamente proclive a sentirse respaldado por ese «frente», en tanto éste, por el «estatus generacional» de sus dirigentes, fuera capaz o tuviera la aptitud de responder a los desafíos del próximo siglo, que ya estamos

viviendo, con criterio de justicia social y voluntad transformadora.

No tenemos una cuantificación cualitativa de quienes en las clases trabajadoras, medias o altas depositaron el voto del FREPASO. Pero, podemos inferir que los que así lo hicieron pertenecen, por el nivel de educación, a los sectores más articulados de aquéllas. Circunstancia, esta última que debe correlacionarse con el hecho de que en Capital Federal, distrito electoral de mayor nivel de instrucción, el porcentaje de la fórmula Bordón-Alvarez fue del 44% (870.347), ganando ocho puntos con respecto a la anterior elección, en la que el Frente Grande –antecedente del FREPASO– obtuvo el 36 o 37% de los votos.

Además, hay que computar, por un lado, una situación que no por nueva es menos significativa: el llamado «corte del voto» (votas por un candidato de un partido para un cargo y por otro candidato de otro partido político para otro cargo, verbigracia Presidente y/o diputado nacional o legislador provincial, etcétera). En estas elecciones se registró el mayor corte de votos. El «efecto tijera» alcanzó a uno de cada tres electores. Corte de votos que favoreció al FREPASO.

Por otro lado, hay que tener en cuenta la composición de los votantes de este frente. Mientras un 39,2% ya lo había hecho en la elección anterior (abril de 1994), hubo un 27,1% que en aquélla votó a la UCR, un 8,7% a otros partidos y un 10,7% al PJ.

Esta doble situación –corte de voto y cambio de preferencia– contribuye a la cualificación del espectro electoral de la nueva opción, en la medida en que ambas actitudes pueden presuponer la presencia de una decisión racional en el voto. Circunstancia que no aparece, *prima facie*, ni en quienes votaron a Menem, –porque el 77% lo había hecho antes por el justicialismo–, ni en el radicalismo, donde la lealtad alcanzó el 82,6%.

¿Se afirmará el FREPASO, en función de lo que hemos planteado arriba, como alternativa? Justo es decirlo, carecemos de vocación de Casandra. Existen, como afirmamos más arriba, condiciones objetivas que apuntan en ese sentido, entre ellas la insatisfacción, profundamente sentida, de por lo menos dos generaciones de argentinos ante la realidad sociopolítica y económica que les ha tocado vivir.

También la circunstancia de percibir que nos encontramos ante el final de una «onda cíclica» que demanda urgentes respuestas a los desafíos que plantea, en un mundo globalizado que constriñe y limita nuestro menú de opciones, la introducción de medios de producción destructores de mano de obra; sistemas de producción de bienes y servicios diferentes que tienden a devaluar la actividad humana como núcleo operativo laboral (de ahí parte del desempleo estructural que se padece en la sociedad contemporánea), a descentralizar el proceso productivo y a rejerarquizar, bajo otras condiciones, las formas de cooperación necesarias a esa producción de bienes y servicios.

En una palabra, desafíos que resultan de la introducción de nuevos modos de producción (postfordistas) para una sociedad fracturada, ya no solamente en la tradicional división Norte/Sur, sino al interior de cada una de ambos campos: la sociedad de dos tercios/un tercio, con formas más agudas de presentación en la periferia. Pero, del mismo modo influyen en la emergencia circunstancias subjetivas, deter-

***Existen condiciones objetivas
que apuntan a que el FREPASO
se afirme como alternativa política real
al justicialismo y al radicalismo.***

minadas por los actores confluentes a esa alianza («el carácter de las gentes» conforme a la feliz frase de Marx) que pueden acelerar, retardar o desviar el proceso histórico que apunta hacia el cambio necesario.

Y el planteamiento de esa hipótesis, es decir, la imposibilidad de que la alianza devenga en bloque no expresa algo traído por los cabellos, toda vez que la vivimos los argentinos desde hace casi doce años y nada asegura que no se repita, habida cuenta, como dijimos, la heterogeneidad social y

política de quienes constituyen el marco frentista.

Pero eso nos lleva al terreno de los imponderables. Conformémonos, por ahora, a lo expuesto en el título de modo interrogativo: Argentina: ¿insinuación de una nueva alternativa? y pongamos atención a la dinámica que, sin duda, se dará entre las condiciones objetivas y el cumplimiento de un «ciclo» exógenamente alargado, con la presencia de nuevas generaciones que acumulan anhelos de cambio dentro de un «sistema mundial» globalizado.
